

The background of the cover is a painting of a man with a full, dark beard and a wide-brimmed hat. He is looking down and to the right. The lighting is dramatic, with strong highlights and deep shadows. In the foreground, there is a white plate with a piece of steak on it. The steak is cooked and has a rich, reddish-brown color. The overall tone of the cover is warm and somewhat somber.

Jack London

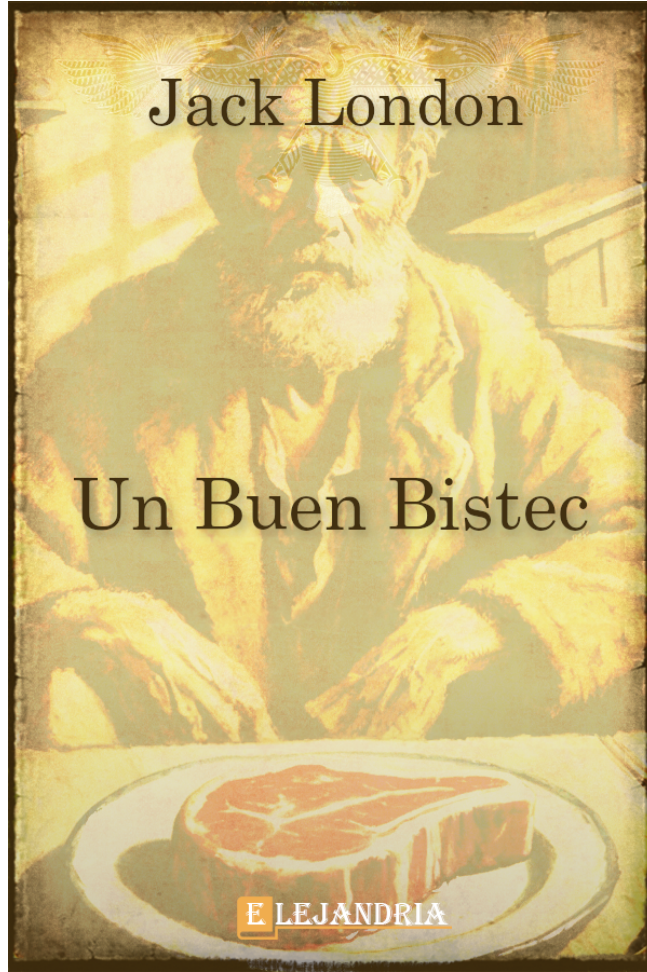
Un Buen Bistec

E LEJANDRIA

Jack London

Un Buen Bistec

E LEJANDRIA



LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

UN BUEN BISTEC

JACK LONDON

PUBLICADO: 1909

FUENTE: AMERICANLITERATURE.COM

**EDICIÓN: THE SATURDAY EVENING POST IN NOVEMBER,
1909**

TRADUCTOR: ELEJANDRÍA

UN BUEN BISTEC

JACK LONDON

Con el último pedazo de pan, Tom King limpió su plato de la última partícula de salsa de harina y masticó el bocado resultante de manera lenta y meditativa. Cuando se levantó de la mesa, se sintió oprimido por la sensación de que estaba claramente hambriento. Sin embargo, solo él había comido. Los dos niños en la otra habitación habían sido enviados temprano a la cama para que en el sueño pudieran olvidar que se habían ido sin cenar. Su esposa no había tocado nada y se había sentado en silencio, observándolo con ojos solícitos. Era una mujer delgada y desgastada de la clase trabajadora, aunque no faltaban señales de una belleza anterior en su rostro. La harina para la salsa la había pedido prestada a la vecina del frente. Los últimos dos medios peniques se habían gastado en comprar el pan.

Se sentó junto a la ventana en una silla destartada que protestó bajo su peso, y casi mecánicamente se puso la pipa en la boca y metió la mano en el bolsillo lateral de su abrigo. La ausencia de tabaco le hizo consciente de su acción y, con un ceño por su olvido, guardó la pipa. Sus movimientos eran lentos, casi pesados, como si estuviera cargado por el gran peso de sus músculos. Era un hombre de cuerpo sólido y aspecto impasible, y su apariencia no sufría de ser demasiado atractiva. Su ropa tosca era vieja y desaliñada. Las

partes superiores de sus zapatos eran demasiado débiles para soportar la pesada suela que tampoco era reciente. Y su camisa de algodón, una prenda barata de dos chelines, mostraba un cuello raído y manchas de pintura imborrables.

Pero era el rostro de Tom King lo que lo anunciaba inequívocamente por lo que era. Era el rostro de un típico boxeador profesional; de alguien que había pasado largos años de servicio en el cuadrilátero y, por ese medio, desarrollado y enfatizado todas las marcas de la bestia de pelea. Era un semblante decididamente sombrío y, para que ninguna característica pasara desapercibida, estaba bien afeitado. Los labios eran informes y constituían una boca excesivamente dura, que era como una hendidura en su cara. La mandíbula era agresiva, brutal, pesada. Los ojos, de movimiento lento y párpados pesados, eran casi inexpresivos bajo las cejas pobladas y hundidas. Puro animal como era, los ojos eran el rasgo más animal en él. Eran soñolientos, como de león: los ojos de un animal de pelea. La frente se inclinaba rápidamente hacia atrás hasta el cabello, que, cortado al ras, mostraba cada protuberancia de una cabeza de aspecto villano. Una nariz rota dos veces y moldeada de diversas formas por innumerables golpes, y una oreja de coliflor, permanentemente hinchada y deformada al doble de su tamaño, completaban su adorno, mientras que la barba, recién afeitada como estaba, brotaba en la piel y daba al rostro una mancha azul-negra.

En conjunto, era el rostro de un hombre al que temer en un callejón oscuro o en un lugar solitario. Y sin embargo, Tom King no era un criminal, ni había hecho nunca nada criminal. Fuera de las peleas, comunes en su estilo de vida, no había dañado a nadie. Ni se le había conocido nunca por buscar una pelea. Era un profesional, y toda la brutalidad combativa de él estaba reservada para sus apariciones profesionales. Fuera del ring era lento, de naturaleza fácil y, en sus días más jóvenes, cuando el dinero abundaba, demasiado generoso para su propio bien. No guardaba rencores y tenía pocos enemigos. Pelear era un negocio para él. En el ring golpeaba para herir, golpeaba para mutilar, golpeaba para destruir;

pero no había animosidad en ello. Era una simple propuesta comercial. Las audiencias se reunían y pagaban por el espectáculo de hombres noqueándose entre sí. El ganador se llevaba la mayor parte de la bolsa. Cuando Tom King enfrentó al "Gouger de Woolloomooloo", veinte años antes, sabía que la mandíbula del "Gouger" había sanado solo cuatro meses después de haberse roto en una pelea en Newcastle. Y jugó por esa mandíbula y la rompió de nuevo en el noveno asalto, no porque le guardara mala voluntad al "Gouger", sino porque esa era la forma más segura de eliminarlo y ganar la mayor parte de la bolsa. Ni el "Gouger" le guardó mala voluntad por ello. Era el juego, y ambos conocían el juego y lo jugaban.

Tom King nunca había sido hablador, y se sentó junto a la ventana, morosamente silencioso, mirando sus manos. Las venas se destacaban en el dorso de las manos, grandes e hinchadas; y los nudillos, aplastados y deformados, daban testimonio del uso que se les había dado. Nunca había escuchado que la vida de un hombre era la vida de sus arterias, pero bien sabía el significado de esas grandes venas prominentes. Su corazón había bombeado demasiada sangre a través de ellas a máxima presión. Ya no hacían el trabajo. Había estirado su elasticidad, y con su distensión había pasado su resistencia. Ahora se cansaba fácilmente. Ya no podía hacer veinte asaltos rápidos, golpe tras golpe, pelear, pelear, pelear, de gong a gong, con feroces ataques sobre feroces ataques, siendo golpeado contra las cuerdas y a su vez golpeando a su oponente contra las cuerdas, y recuperándose más feroz y rápidamente que todos en ese último y vigésimo asalto, con la casa de pie y gritando, él mismo avanzando, golpeando, esquivando, lloviendo lluvias de golpes sobre lluvias de golpes y recibiendo lluvias de golpes a cambio, y todo el tiempo el corazón bombeando fielmente la sangre turbulenta a través de las venas adecuadas. Las venas, hinchadas en ese momento, siempre se habían encogido de nuevo, aunque cada vez, imperceptiblemente al principio, no del todo, quedando solo un poco más grandes que antes. Las miró y a sus nudillos golpeados, y, por un momento, captó una visión de la excelencia juvenil de esas

manos antes de que el primer nudillo hubiera sido aplastado en la cabeza de Benny Jones, también conocido como el "Terror Galés".

La impresión de su hambre regresó a él.

"¡Cielos, cómo me comería un buen filete!" murmuró en voz alta, apretando sus enormes puños y escupiendo una maldición ahogada.

"Intenté tanto en lo de Burke como en lo de Sawley", dijo su esposa medio disculpándose.

"¿Y no quisieron?", preguntó.

"Ni medio penique. Burke dijo..." Vaciló.

"¡Vamos! ¿Qué dijo?"

"Que pensaba que Sandel te ganaría esta noche, y que tu cuenta ya era bastante grande como para seguir fiándote".

Tom King gruñó, pero no respondió. Estaba ocupado pensando en el bull terrier que había tenido en sus días más jóvenes y al que había alimentado con filetes sin fin. Burke le habría dado crédito para mil filetes... entonces. Pero los tiempos habían cambiado. Tom King se estaba haciendo viejo; y los hombres viejos, peleando en clubes de segunda categoría, no podían esperar llevar cuentas de gran tamaño con los comerciantes.

Se había levantado por la mañana con un anhelo de un pedazo de filete, y el anhelo no había disminuido. No había tenido un entrenamiento justo para esta pelea. Era un año de sequía en Australia, los tiempos eran difíciles, e incluso el trabajo más irregular era difícil de encontrar. No había tenido compañero de sparring, y su comida no había sido de lo mejor ni siempre suficiente. Había hecho algunos días de trabajo como jornalero cuando podía conseguirlo, y había corrido alrededor del Domain en las primeras mañanas para poner sus piernas en forma. Pero era difícil entrenar sin un compañero y con una esposa y dos niños que debían ser alimentados. El crédito con los comerciantes había experimentado una expansión muy leve cuando fue emparejado con Sandel. El secretario del Club Gayety le había adelantado tres libras, la parte

del perdedor de la bolsa, y más allá de eso se había negado a ir. De vez en cuando había logrado pedir prestados algunos chelines a viejos amigos, que le habrían prestado más si no fuera porque era un año de sequía y ellos mismos estaban en apuros. No, y no había uso en disfrazar el hecho, su entrenamiento no había sido satisfactorio. Debería haber tenido mejor comida y sin preocupaciones. Además, cuando un hombre tiene cuarenta años, es más difícil ponerse en forma que cuando tiene veinte.

"¿Qué hora es, Lizzie?", preguntó.

Su esposa cruzó el pasillo para averiguarlo y regresó.

"Las ocho menos cuarto".

"Comenzarán el primer combate en unos minutos", dijo. "Solo una prueba. Luego hay un asalto de cuatro rondas entre Dealer Wells y Gridley, y una pelea de diez rondas entre Starlight y un marinero. Yo no salgo hasta dentro de más de una hora".

Al final de otros diez minutos silenciosos, se puso de pie.

"La verdad es, Lizzie, que no he tenido un entrenamiento adecuado".

Alcanzó su sombrero y se dirigió a la puerta. No se ofreció a besarla; nunca lo hacía al salir; pero esa noche ella se atrevió a besarlo, echando sus brazos alrededor de él y obligándolo a inclinarse hacia su rostro. Se veía bastante pequeña contra la masiva corpulencia del hombre.

"Buena suerte, Tom", dijo. "Tienes que vencerlo".

"Sí, tengo que vencerlo", repitió. "Eso es todo lo que hay. Simplemente tengo que vencerlo".

Rió con un intento de jovialidad, mientras ella se apretaba más contra él. Por encima de sus hombros miró alrededor de la habitación desnuda. Era todo lo que tenía en el mundo, con el alquiler atrasado, y ella y los niños. Y lo estaba dejando para salir en la noche a conseguir carne para su compañera y sus cachorros, no

como un hombre moderno que va a su rutina de máquina, sino de la antigua, primitiva, real y animal manera, luchando por ella.

"Tengo que vencerlo", repitió, esta vez con un tinte de desesperación en su voz. "Si gano, son treinta libras, y puedo pagar todo lo que debo, con un buen dinero sobrante. Si pierdo, no obtengo nada, ni siquiera un penique para tomar el tranvía de regreso a casa. El secretario ya me ha dado todo lo que corresponde a la parte del perdedor. Adiós, mujer. Vendré directamente a casa si gano".

"Y estaré esperándote despierta", le llamó a lo largo del pasillo.

Había un total de dos millas hasta el Gayety, y mientras caminaba recordó cómo en sus días de gloria (había sido una vez el campeón de peso pesado de Nueva Gales del Sur) habría ido en un coche de alquiler a la pelea, y cómo, muy probablemente, algún patrocinador acaudalado habría pagado el coche y viajado con él. Allí estaban Tommy Burns y ese negro yanqui, Jack Johnson: ellos se desplazaban en automóviles. ¡Y él caminaba! Y, como cualquiera sabía, un duro recorrido de dos millas no era el mejor preliminar para una pelea. Era un viejo, y el mundo no giraba bien para los viejos. No servía para nada ahora excepto para trabajo de jornalero, y su nariz rota y oreja hinchada estaban en su contra incluso en eso. Se encontró deseando haber aprendido un oficio. Habría sido mejor a largo plazo. Pero nadie se lo había dicho, y sabía, en el fondo de su corazón, que no habría escuchado si lo hubieran hecho. Había sido tan fácil. Dinero grande, peleas agudas y gloriosas, períodos de descanso y holgazanería entre medio, un séquito de aduladores ansiosos, palmadas en la espalda, apretones de manos, los elegantes felices de comprarle una bebida por el privilegio de hablar cinco minutos, y la gloria de todo, las casas que gritaban, el final vertiginoso, el árbitro diciendo "¡King gana!" y su nombre en las columnas deportivas al día siguiente.

¡Esos habían sido tiempos! Pero se dio cuenta ahora, a su manera lenta y rumiativa, de que eran los viejos a los que había estado eliminando. Él era la juventud que ascendía; y ellos eran la edad que

descendía. No es de extrañar que hubiera sido fácil, ellos con sus venas hinchadas y nudillos golpeados y cansados en sus huesos por las largas batallas que ya habían peleado. Recordó el tiempo en que eliminó al viejo Stowsher Bill, en Rush-Cutters Bay, en el decimoctavo asalto, y cómo el viejo Bill había llorado después en el vestuario como un bebé. Quizás el alquiler del viejo Bill estaba atrasado. Quizás tenía en casa una mujer y un par de niños. Y quizás Bill, ese mismo día de la pelea, había estado ansiando un pedazo de filete. Bill había peleado con valentía y soportado un castigo increíble. Ahora podía ver, después de haber pasado él mismo por el molino, que Stowsher Bill había peleado por una apuesta más grande, esa noche hace veinte años, que el joven Tom King, que había peleado por gloria y dinero fácil. No es de extrañar que Stowsher Bill hubiera llorado después en el vestuario.

Bueno, un hombre solo tenía tantas peleas en él, para empezar. Era la ley de hierro del juego. Un hombre podía tener cien peleas duras en él, otro hombre solo veinte; cada uno, según su constitución y la calidad de su fibra, tenía un número definido, y, cuando las había peleado, estaba acabado. Sí, había tenido más peleas en él que la mayoría de ellos, y había tenido mucho más que su parte de las peleas duras y agotadoras, el tipo que trabajaba el corazón y los pulmones hasta el límite, que sacaba la elasticidad de las arterias y convertía los músculos flexibles de la juventud en nudos duros, que desgastaba los nervios y la resistencia y hacía que el cerebro y los huesos se cansaran por exceso de esfuerzo y resistencia sobreexigida. Sí, lo había hecho mejor que todos ellos. No quedaba ninguno de sus viejos compañeros de pelea. Era el último de la vieja guardia. Los había visto a todos terminados, y había tenido una mano en terminar a algunos de ellos.

Lo habían probado contra los viejos, y uno tras otro los había eliminado, riendo cuando, como el viejo Stowsher Bill, lloraban en el vestuario. Y ahora él era un viejo, y probaban a los jóvenes contra él. Allí estaba ese tipo, Sandel. Había venido de Nueva Zelanda con un récord detrás de él. Pero nadie en Australia sabía nada de él, así que lo pusieron contra el viejo Tom King. Si Sandel hacía una buena

exhibición, se le darían hombres mejores para pelear, con bolsas más grandes para ganar; así que se podía confiar en que daría una pelea feroz. Tenía todo que ganar con ello: dinero y gloria y carrera; y Tom King era el viejo y curtido bloque que custodiaba el camino hacia la fama y la fortuna. Y no tenía nada que ganar excepto treinta libras, para pagar al propietario y a los comerciantes. Y, mientras Tom King rumiaba así, vino a su visión impasible la forma de la juventud, la gloriosa juventud, que se elevaba exultante e invencible, flexible de músculo y sedosa de piel, con corazón y pulmones que nunca habían estado cansados y desgarrados y que se reían de la limitación del esfuerzo. Sí, la juventud era la Némesis. Destruía a los viejos y no se daba cuenta de que, al hacerlo, se destruía a sí misma. Aumentaba sus arterias y aplastaba sus nudillos, y a su vez era destruida por la juventud. Porque la juventud siempre era joven. Solo la edad envejecía.

En Castlereagh Street giró a la izquierda, y tres cuadras más adelante llegó al Gayety. Una multitud de jóvenes vagos colgando fuera de la puerta le abrió paso con respeto, y oyó que uno le decía a otro: "¡Es él! ¡Es Tom King!"

Dentro, en camino a su vestuario, se encontró con el secretario, un joven de ojos agudos y rostro astuto, que le estrechó la mano.

"¿Cómo te sientes, Tom?", preguntó.

"En forma como un violín", respondió King, aunque sabía que mentía y que si tuviera una libra, la daría en ese momento por un buen pedazo de filete.

Cuando salió del vestuario, con sus segundos detrás de él, y bajó por el pasillo hacia el cuadrilátero en el centro del salón, se levantó una oleada de saludo y aplausos de la multitud que esperaba. Aceptó los saludos a derecha e izquierda, aunque pocas de las caras conocía. La mayoría de ellas eran caras de niños que no habían nacido cuando él estaba ganando sus primeros laureles en el cuadrilátero. Saltó ligeramente a la plataforma elevada y pasó por debajo de las cuerdas hasta su esquina, donde se sentó en un

taburete plegable. Jack Ball, el árbitro, se acercó y le estrechó la mano. Ball era un boxeador fracasado que durante más de diez años no había entrado al ring como principal. King se alegró de tenerlo como árbitro. Ambos eran viejos. Si él se pasaba un poco de la raya con Sandel, sabía que Ball podía ser de confianza para pasarlo por alto.

Jóvenes aspirantes a pesos pesados, uno tras otro, estaban subiendo al ring y siendo presentados a la audiencia por el árbitro. Además, emitía sus desafíos por ellos.

"Young Pronto", anunció Bill, "de North Sydney, desafía al ganador por una apuesta de cincuenta libras".

La audiencia aplaudió, y volvió a aplaudir cuando el mismo Sandel saltó entre las cuerdas y se sentó en su esquina. Tom King miró al otro lado del ring con curiosidad, porque en pocos minutos estarían unidos en un combate sin piedad, cada uno intentando con toda su fuerza dejar al otro inconsciente. Pero poco pudo ver, ya que Sandel, como él, tenía los pantalones y el suéter sobre su traje de ring. Su rostro era fuerte y apuesto, coronado con una melena rizada de cabello rubio, mientras que su grueso cuello musculoso insinuaba una magnificencia corporal.

Young Pronto fue a una esquina y luego a la otra, estrechando la mano de los principales y bajando del ring. Los desafíos continuaron. Siempre los jóvenes subían entre las cuerdas: la juventud desconocida, pero insaciable, clamando a la humanidad que con fuerza y habilidad enfrentaría al ganador. Unos años antes, en su apogeo de invencibilidad, Tom King se habría sentido divertido y aburrido por estos preliminares. Pero ahora se sentaba fascinado, incapaz de apartar la visión de la juventud de sus ojos. Siempre estaban estos jóvenes surgiendo en el juego del boxeo, saltando entre las cuerdas y gritando su desafío; y siempre los viejos caían ante ellos. Subían al éxito sobre los cuerpos de los viejos. Y siempre venían, más y más jóvenes: la juventud inextinguible e irresistible, y siempre eliminaban a los viejos, convirtiéndose ellos mismos en viejos y recorriendo el mismo camino descendente, mientras detrás

de ellos, siempre presionando, estaba la juventud eterna, los nuevos bebés, crecidos vigorosos y arrastrando a sus mayores hacia abajo, con más bebés detrás hasta el fin de los tiempos: la juventud que debe tener su voluntad y que nunca morirá.

King miró hacia la mesa de prensa y asintió a Morgan, del Sportsman, y a Corbett, del Referee. Luego extendió sus manos, mientras Sid Sullivan y Charley Bates, sus segundos, le ponían los guantes y los apretaban bien, observados de cerca por uno de los segundos de Sandel, que primero examinó críticamente las vendas en los nudillos de King. Uno de sus propios segundos estaba en la esquina de Sandel, realizando una labor similar. Los pantalones de Sandel fueron quitados y, al ponerse de pie, le quitaron el suéter sobre la cabeza. Y Tom King, mirando, vio a la juventud encarnada: de pecho profundo, musculoso, con músculos que se deslizaban y movían como cosas vivas bajo la piel de satén blanco. Todo el cuerpo estaba lleno de vida, y Tom King sabía que era una vida que nunca había perdido su frescura a través de los poros doloridos durante las largas peleas en las que la juventud pagaba su peaje y no partía tan joven como cuando entró.

Los dos hombres avanzaron para encontrarse, y, cuando sonó el gong y los segundos salieron del ring con los taburetes plegables, se dieron la mano e instantáneamente tomaron sus actitudes de pelea. E instantáneamente, como un mecanismo de acero y resortes balanceado en un gatillo sensible, Sandel estaba dentro y fuera y de nuevo dentro, lanzando un izquierdo a los ojos, un derecho a las costillas, esquivando un contraataque, bailando ligeramente lejos y regresando amenazadoramente. Era rápido y hábil. Fue una exhibición deslumbrante. La casa gritó su aprobación. Pero King no estaba deslumbrado. Había peleado demasiadas peleas y con demasiados jóvenes. Conocía los golpes por lo que eran: demasiado rápidos y hábiles para ser peligrosos. Evidentemente, Sandel iba a apresurar las cosas desde el principio. Era de esperarse. Era el camino de la juventud, gastando su esplendor y excelencia en insurrección salvaje y asalto furioso, abrumando la oposición con su propia gloria ilimitada de fuerza y deseo.

Sandel estaba dentro y fuera, aquí, allá y en todas partes, ligero de pies y de corazón ansioso, una maravilla viviente de carne blanca y músculo punzante que se tejía en una deslumbrante tela de ataque, deslizándose y saltando como una lanzadera voladora de acción en acción a través de mil acciones, todas centradas en la destrucción de Tom King, que se interponía entre él y la fortuna. Y Tom King soportó pacientemente. Conocía su oficio, y conocía a la juventud ahora que la juventud ya no era suya. No había nada que hacer hasta que el otro perdiera algo de vapor, pensó, y sonrió para sí mismo mientras deliberadamente se agachaba para recibir un fuerte golpe en la parte superior de su cabeza. Era una cosa malvada de hacer, pero eminentemente justa según las reglas del boxeo. Se suponía que un hombre debía cuidar sus propios nudillos, y, si insistía en golpear a un oponente en la parte superior de la cabeza, lo hacía bajo su propio riesgo. King podría haberse agachado más y dejar que el golpe pasara inofensivamente, pero recordó sus propias primeras peleas y cómo aplastó su primer nudillo en la cabeza del "Terror Galés". Solo estaba jugando el juego. Ese agacharse había afectado uno de los nudillos de Sandel. No es que a Sandel le importara ahora. Seguiría adelante, supremamente indiferente, golpeando tan fuerte como siempre durante toda la pelea. Pero más tarde, cuando las largas batallas en el ring comenzaran a notarse, lamentaría ese nudillo y recordaría cómo lo aplastó en la cabeza de Tom King.

El primer asalto fue todo de Sandel, y tuvo a la casa gritando con la rapidez de sus ataques de torbellino. Abrumó a King con avalanchas de golpes, y King no hizo nada. Nunca golpeó una vez, contentándose con cubrirse, bloquear y agacharse y agarrarse para evitar el castigo. Ocasionalmente fingía, sacudía la cabeza cuando el peso de un golpe aterrizaba, y se movía impasible, nunca saltando o brincando o desperdiciando una onza de fuerza. Sandel debía espumar la espuma de la juventud antes de que la edad discreta se atreviera a contraatacar. Todos los movimientos de King eran lentos y metódicos, y sus ojos de párpados pesados y movimiento lento le daban la apariencia de estar medio dormido o aturdido. Sin

embargo, eran ojos que veían todo, que habían sido entrenados para ver todo a través de sus veinte años y más en el ring. Eran ojos que no parpadeaban ni vacilaban ante un golpe inminente, sino que veían y medían la distancia con frialdad.

Sentado en su esquina para el minuto de descanso al final del asalto, se recostó con las piernas extendidas, sus brazos descansando en el ángulo recto de las cuerdas, su pecho y abdomen agitándose franca y profundamente mientras tragaba el aire impulsado por las toallas de sus segundos. Escuchó con los ojos cerrados las voces de la casa: "¿Por qué no peleas, Tom?", muchos gritaban. "¿Le tienes miedo, eh?"

"Musculoso", oyó comentar a un hombre en un asiento delantero. "No puede moverse más rápido. Dos a uno a favor de Sandel, en libras".

Sonó el gong y los dos hombres avanzaron desde sus esquinas. Sandel avanzó casi tres cuartos de la distancia, ansioso por comenzar de nuevo; pero King se contentó con avanzar la distancia más corta. Estaba en línea con su política de economía. No había sido bien entrenado, y no había comido lo suficiente, y cada paso contaba. Además, ya había caminado dos millas hasta el ring. Fue una repetición del primer asalto, con Sandel atacando como un torbellino y con la audiencia indignada exigiendo que King peleara. Más allá de fingir y varios golpes entregados lentamente e ineficaces, no hizo nada salvo bloquear y estancar y agarrarse. Sandel quería imponer un ritmo rápido, mientras que King, por su sabiduría, se negó a acomodarlo. Sonrió con cierta patética nostalgia en su rostro golpeado por el ring, y continuó cuidando su fuerza con los celos de los que solo la edad es capaz. Sandel desperdiciaba su fuerza con la generosa imprudencia de la juventud. A King le pertenecía la estrategia del ring, la sabiduría nacida de largas y dolorosas peleas. Observó con ojos y cabeza fríos, moviéndose lentamente y esperando a que la espuma de Sandel se disipara. Para la mayoría de los espectadores parecía como si King estuviera completamente superado, y expresaron su opinión ofreciendo tres a

uno a favor de Sandel. Pero había algunos sabios, unos pocos, que conocían a King de antaño, y que cubrieron lo que consideraban dinero fácil.

El tercer asalto comenzó como de costumbre, unilateral, con Sandel haciendo todo el liderazgo y entregando todo el castigo. Había pasado medio minuto cuando Sandel, demasiado confiado, dejó una apertura. Los ojos y el brazo derecho de King destellaron en el mismo instante. Fue su primer golpe real: un gancho, con el arco retorcido del brazo para hacerlo rígido, y con todo el peso del cuerpo medio pivotado detrás de él. Fue como un león que parece dormido y de repente extiende una garra relámpago. Sandel, atrapado en el costado de la mandíbula, cayó como un novillo. La audiencia jadeó y murmuró una aplaudida aprobación. El hombre no estaba musculoso, después de todo, y podía lanzar un golpe como un martillo pilón.

Sandel estaba sacudido. Se dio vuelta e intentó levantarse, pero los agudos gritos de sus segundos para que tomara la cuenta lo contuvieron. Se arrodilló sobre una rodilla, listo para levantarse, y esperó, mientras el árbitro se paraba sobre él, contando los segundos en voz alta en su oído. Al noveno se levantó en actitud de pelea, y Tom King, frente a él, sintió pesar de que el golpe no hubiera estado a una pulgada más cerca del punto de la mandíbula. Eso habría sido un nocaut, y podría haber llevado las treinta libras a casa con la esposa y los niños.

El asalto continuó hasta el final de sus tres minutos, Sandel por primera vez respetuoso de su oponente y King tan lento de movimiento y de ojos soñolientos como siempre. Al acercarse el final del asalto, King, advertido del hecho por la vista de los segundos agachados afuera listos para saltar a través de las cuerdas, llevó la pelea hacia su propia esquina. Y cuando sonó el gong, se sentó inmediatamente en el taburete esperando, mientras Sandel tenía que caminar todo el camino a través de la diagonal del cuadrado hasta su propia esquina. Fue una pequeña cosa, pero fue la suma de las pequeñas cosas lo que contaba. Sandel se vio obligado a caminar

esos pasos adicionales, a gastar esa energía, y a perder una parte del precioso minuto de descanso. Al comienzo de cada asalto, King salía lentamente de su esquina, obligando a su oponente a avanzar la mayor distancia. El final de cada asalto encontraba la pelea maniobrada por King hacia su propia esquina para que pudiera sentarse inmediatamente.

Pasaron dos asaltos más, en los que King fue parco en el esfuerzo y Sandel pródigo. El intento de este último de imponer un ritmo rápido hizo que King se sintiera incómodo, ya que un porcentaje justo de los innumerables golpes que le llovían llegaban a destino. Sin embargo, King persistió en su lenta obstinación, a pesar de los gritos de los jóvenes exaltados para que entrara y peleara. De nuevo, en el sexto asalto, Sandel fue descuidado; de nuevo el temible derecho de Tom King destelló hacia la mandíbula, y de nuevo Sandel tomó la cuenta de nueve segundos.

Para el séptimo asalto, el estado óptimo de Sandel se había ido, y se dispuso a lo que sabía que sería la pelea más dura de su experiencia. Tom King era un viejo, pero un viejo mejor que cualquiera que hubiera encontrado: un viejo que nunca perdía la cabeza, que era notablemente hábil en la defensa, cuyos golpes tenían el impacto de un garrote nudoso, y que tenía un nocaut en cada mano. Sin embargo, Tom King no se atrevía a golpear a menudo. Nunca olvidaba sus nudillos golpeados, y sabía que cada golpe debía contar si los nudillos iban a durar toda la pelea. Mientras se sentaba en su esquina, mirando a su oponente, le vino el pensamiento de que la suma de su sabiduría y la juventud de Sandel constituirían a un campeón mundial de peso pesado. Pero ese era el problema. Sandel nunca se convertiría en campeón mundial. Le faltaba la sabiduría, y la única forma de obtenerla era comprarla con la juventud; y cuando tuviera la sabiduría, la juventud se habría gastado en comprarla.

King aprovechó cada ventaja que conocía. Nunca perdía una oportunidad de agarrarse, y al efectuar la mayoría de los agarres, su hombro golpeaba firmemente las costillas del otro. En la filosofía del

ring, un hombro era tan bueno como un puñetazo en cuanto al daño, y mucho mejor en cuanto al gasto de esfuerzo. Además, en los agarres, King descansaba su peso sobre su oponente y no quería soltarse. Esto obligaba a la intervención del árbitro, que los separaba, siempre asistido por Sandel, que aún no había aprendido a descansar. No podía evitar usar esos gloriosos brazos voladores y músculos retorcidos, y cuando el otro se lanzaba a un agarre, golpeando hombro contra costillas y con la cabeza descansando bajo el brazo izquierdo de Sandel, este casi invariablemente balanceaba su derecho detrás de su propia espalda y hacia el rostro que sobresalía. Era un golpe astuto, muy admirado por la audiencia, pero no era peligroso y, por lo tanto, era fuerza desperdiciada. Pero Sandel era incansable y no conocía límites, y King sonrió y soportó con obstinación.

Sandel desarrolló un feroz derecho al cuerpo, lo que hizo parecer que King estaba recibiendo una enorme cantidad de castigo, y solo los viejos boxeadores apreciaban el toque hábil del guante izquierdo de King en el bíceps del otro justo antes del impacto del golpe. Era cierto que el golpe aterrizaba cada vez; pero cada vez se le robaba su poder con ese toque en el bíceps. En el noveno asalto, tres veces en menos de un minuto, el derecho de King enganchó su arco retorcido a la mandíbula; y tres veces el cuerpo de Sandel, pesado como era, fue nivelado al tapete. Cada vez tomaba los nueve segundos que se le permitían y se ponía de pie, sacudido y golpeado, pero aún fuerte. Había perdido gran parte de su velocidad y desperdiciaba menos esfuerzo. Estaba peleando con seriedad; pero continuaba recurriendo a su principal activo, que era la juventud. El principal activo de King era la experiencia. A medida que su vitalidad había disminuido y su vigor se había debilitado, los había reemplazado con astucia, con sabiduría nacida de largas peleas dolorosas y con un cuidadoso resguardo de la fuerza. No solo había aprendido a no hacer movimientos superfluos, sino que había aprendido cómo seducir a un oponente para que desperdiciara su fuerza. Una y otra vez, con fintas de pie, mano y cuerpo, continuaba engañando a Sandel para que retrocediera, se agachara o

contraatacara. King descansaba, pero nunca permitía que Sandel descansara. Era la estrategia de la edad.

Al comienzo del décimo asalto, King comenzó a detener las embestidas del otro con izquierdos directos al rostro, y Sandel, vuelto cauteloso, respondió atrayendo el izquierdo, luego esquivándolo y entregando su derecho en un gancho oscilante al costado de la cabeza. Estaba demasiado alto para ser vitalmente efectivo; pero cuando aterrizó por primera vez, King conoció el descenso familiar del velo negro de la inconsciencia a través de su mente. Por un instante, o más bien por la fracción más pequeña de un instante, cesó. En un momento vio a su oponente esquivando fuera de su campo de visión y el fondo de rostros blancos y observadores; en el siguiente momento volvió a ver a su oponente y al fondo de rostros. Fue como si hubiera dormido un tiempo y acabara de abrir los ojos de nuevo, y sin embargo el intervalo de inconsciencia fue tan microscópicamente corto que no hubo tiempo para que cayera. La audiencia lo vio tambalearse y sus rodillas ceder, y luego lo vio recuperarse y hundir su barbilla más profundamente en el refugio de su hombro izquierdo.

Varias veces Sandel repitió el golpe, manteniendo a King parcialmente aturdido, y luego este último elaboró su defensa, que también era un contraataque. Fingiendo con su izquierdo, dio un medio paso hacia atrás, al mismo tiempo que lanzaba un uppercut con toda la fuerza de su derecho. Tan acertadamente estuvo sincronizado que aterrizó directamente en el rostro de Sandel en el barrido descendente de la esquiva, y Sandel se levantó en el aire y se encorvó hacia atrás, golpeando el tapete con la cabeza y los hombros. King logró esto dos veces, luego se soltó y golpeó a su oponente contra las cuerdas. No le dio a Sandel oportunidad de descansar o de prepararse, sino que le golpeó golpe tras golpe hasta que la casa se puso de pie y el aire se llenó de un rugido ininterrumpido de aplausos. Pero la fuerza y resistencia de Sandel eran soberbias, y continuó manteniéndose en pie. Un nocaut parecía seguro, y un capitán de policía, consternado por el terrible castigo, se levantó junto al ring para detener la pelea. Sonó el gong para el

final del asalto y Sandel se tambaleó hasta su esquina, protestando al capitán que estaba sano y fuerte. Para demostrarlo, hizo dos volteretas hacia atrás, y el capitán de policía cedió.

Tom King, recostado en su esquina y respirando con dificultad, estaba decepcionado. Si la pelea se hubiera detenido, el árbitro, forzosamente, le habría dado la decisión y la bolsa habría sido suya. A diferencia de Sandel, no estaba peleando por gloria o carrera, sino por treinta libras. Y ahora Sandel se recuperaría en el minuto de descanso.

La juventud será servida: este dicho pasó por la mente de King, y recordó la primera vez que lo había escuchado, la noche en que había eliminado al viejo Stowsher Bill. El elegante que le había comprado una bebida después de la pelea y le había dado una palmada en el hombro había usado esas palabras. ¡La juventud será servida! El elegante tenía razón. Y esa noche en el pasado lejano, él había sido la juventud. Esta noche, la juventud estaba sentada en la esquina opuesta. En cuanto a él, había estado peleando durante media hora ahora, y era un hombre viejo. Si hubiera peleado como Sandel, no habría durado quince minutos. Pero el punto era que él no se recuperaba. Esas arterias prominentes y ese corazón probado no le permitirían recuperar fuerzas en los intervalos entre los asaltos. Y no había tenido suficiente fuerza en él para empezar. Sus piernas estaban pesadas y comenzaban a acalambrarse. No debería haber caminado esas dos millas hasta la pelea. Y estaba el filete que se había levantado deseando esa mañana. Un gran y terrible odio se levantó en él hacia los carniceros que le habían negado crédito. Era duro para un hombre viejo ir a una pelea sin suficiente para comer. Y un pedazo de filete era una cosa tan pequeña, unos pocos peniques a lo sumo; sin embargo, significaba treinta libras para él.

Con el gong que abrió el undécimo asalto, Sandel se apresuró, haciendo una demostración de frescura que realmente no poseía. King la conocía por lo que era: un farol tan viejo como el juego mismo. Se agarró para salvarse, luego, liberándose, permitió que Sandel se preparara. Esto era lo que King deseaba. Fingió con su

izquierdo, atrajo la esquiwa y el gancho ascendente oscilante, luego dio el medio paso hacia atrás, entregó el uppercut directo al rostro y dobló a Sandel sobre la lona. Después de eso, no lo dejó descansar, recibiendo castigo él mismo, pero infligiendo mucho más, golpeando a Sandel contra las cuerdas, enganchando y lanzando todo tipo de golpes en él, apartándose de sus agarres o golpeándolo fuera de intentos de agarre, y siempre cuando Sandel habría caído, atrapándolo con una mano levantada y con la otra inmediatamente golpeándolo contra las cuerdas donde no podía caer.

La casa para entonces se había vuelto loca, y era su casa, casi todas las voces gritando: "¡Dale, Tom!" "¡Agárralo! ¡Agárralo!" "¡Lo tienes, Tom! ¡Lo tienes!" Iba a ser un final de torbellino, y eso era lo que una audiencia de ringside pagaba por ver.

Y Tom King, que durante media hora había conservado su fuerza, ahora la gastaba pródigamente en el único gran esfuerzo que sabía que tenía en él. Era su única oportunidad: ahora o nunca. Su fuerza se estaba agotando rápidamente, y su esperanza era que antes de que la última gota se le escapara hubiera derribado a su oponente para la cuenta. Y mientras continuaba golpeando y forzando, fríamente estimando el peso de sus golpes y la calidad del daño infligido, se dio cuenta de lo difícil que era derribar a Sandel. La resistencia y la aguante eran suyos en un grado extremo, y eran la resistencia y la aguante vírgenes de la juventud. Sandel era ciertamente un hombre en ascenso. Lo tenía en él. Solo de fibra tan robusta se forjaban los luchadores exitosos.

Sandel estaba tambaleándose y dando tumbos, pero las piernas de Tom King se acalambaban y sus nudillos fallaban. Sin embargo, se obligó a sí mismo a golpear los golpes feroces, cada uno de los cuales le traía angustia a sus torturadas manos. Aunque ahora prácticamente no recibía castigo, se estaba debilitando tan rápidamente como el otro. Sus golpes llegaban a destino, pero ya no tenían el peso detrás de ellos, y cada golpe era el resultado de un severo esfuerzo de voluntad. Sus piernas eran como plomo y se arrastraban visiblemente debajo de él; mientras que los seguidores

de Sandel, animados por este síntoma, comenzaban a dar ánimo a su hombre.

King fue espoleado a un arrebató de esfuerzo. Entregó dos golpes en sucesión: un izquierdo, un poco demasiado alto, al plexo solar, y un cruce derecho a la mandíbula. No fueron golpes pesados, pero tan débil y aturdido estaba Sandel que cayó y quedó temblando. El árbitro se paró sobre él, gritando la cuenta de los fatales segundos en su oído. Si antes de que se llamara el décimo segundo no se levantaba, la pelea estaba perdida. La casa estaba de pie en silencio. King descansaba sobre piernas temblorosas. Un mareo mortal estaba sobre él, y ante sus ojos el mar de caras se hundía y balanceaba, mientras a sus oídos, como desde una distancia remota, llegaba la cuenta del árbitro. Sin embargo, veía la pelea como suya. Era imposible que un hombre tan castigado pudiera levantarse.

Solo la juventud podía levantarse, y Sandel se levantó. Al cuarto segundo se dio vuelta sobre su rostro y buscó a tientas las cuerdas. Al séptimo segundo se había arrastrado hasta su rodilla, donde descansó, su cabeza rodando mareada sobre sus hombros. Cuando el árbitro gritó "¡Nueve!", Sandel se puso de pie, en posición adecuada de espera, su brazo izquierdo envuelto alrededor de su rostro, su derecho envuelto alrededor de su estómago. Así estaban protegidos sus puntos vitales, mientras avanzaba tambaleándose hacia King con la esperanza de lograr un agarre y ganar más tiempo.

En el instante en que Sandel se levantó, King estaba sobre él, pero los dos golpes que entregó fueron amortiguados en los brazos cruzados. Al momento siguiente, Sandel estaba en el agarre y sujetándose desesperadamente mientras el árbitro se esforzaba por separarlos. King ayudó a liberarse. Sabía la rapidez con que la juventud se recuperaba, y sabía que Sandel era suyo si podía impedir esa recuperación. Un golpe fuerte lo haría. Sandel era suyo, indudablemente suyo. Lo había superado en estrategia, lo había superado en pelea, lo había superado en puntos. Sandel se tambaleaba fuera del agarre, equilibrado en la línea delgada entre la derrota o la supervivencia. Un buen golpe lo haría caer y derribarlo.

Y Tom King, en un destello de amargura, recordó el pedazo de filete y deseó tenerlo entonces detrás de ese golpe decisivo que debía dar. Se armó de valor para el golpe, pero no fue lo suficientemente pesado ni rápido. Sandel se balanceó, pero no cayó, tambaleándose hacia las cuerdas y sujetándose. King se tambaleó tras él y, con una punzada como la de la disolución, entregó otro golpe. Pero su cuerpo lo había abandonado. Todo lo que quedaba de él era una inteligencia combativa que estaba atenuada y nublada por el agotamiento. El golpe que apuntaba a la mandíbula no alcanzó más alto que el hombro. Había querido que el golpe fuera más alto, pero los músculos cansados no habían podido obedecer. Y, por el impacto del golpe, el propio Tom King se tambaleó hacia atrás y casi cayó. Una vez más se esforzó. Esta vez su golpe falló por completo y, por debilidad absoluta, cayó contra Sandel y se agarró, sujetándose a él para evitar hundirse al suelo.

King no intentó liberarse. Había disparado su última bala. Estaba acabado. Y la juventud había sido servida. Incluso en el agarre podía sentir a Sandel fortaleciéndose contra él. Cuando el árbitro los separó, allí, ante sus ojos, vio a la juventud recuperarse. De instante en instante, Sandel se fortalecía. Sus golpes, débiles y fútiles al principio, se volvieron firmes y precisos. Los ojos nublados de Tom King vieron el puño enguantado dirigiéndose a su mandíbula, y quiso defenderse interponiendo su brazo. Vio el peligro, quiso el acto; pero el brazo era demasiado pesado. Parecía cargado con un quintal de plomo. No se levantaba, y se esforzó por levantarlo con su alma. Entonces el puño enguantado aterrizó en casa. Experimentó un chasquido agudo que fue como una chispa eléctrica y, simultáneamente, el velo de la oscuridad lo envolvió.

Cuando abrió los ojos de nuevo, estaba en su esquina, y oyó el grito de la audiencia como el rugido de las olas en Bondi Beach. Una esponja húmeda estaba siendo presionada contra la base de su cerebro, y Sid Sullivan soplabla agua fría en un rocío refrescante sobre su rostro y pecho. Sus guantes ya habían sido removidos, y Sandel, inclinándose sobre él, le estaba estrechando la mano. No guardaba mala voluntad hacia el hombre que lo había dejado fuera

de combate y devolvió el apretón con una cordialidad que hizo protestar a sus nudillos golpeados. Luego Sandel se dirigió al centro del ring y la audiencia acalló su pandemonio para escucharlo aceptar el desafío de Young Pronto y ofrecer aumentar la apuesta lateral a cien libras. King miró apáticamente mientras sus segundos le limpiaban el agua que le corría, le secaban el rostro y lo preparaban para salir del ring. Se sentía hambriento. No era el tipo de hambre común y punzante, sino un gran desmayo, una palpitación en la boca del estómago que se comunicaba a todo su cuerpo. Recordó de nuevo la pelea, el momento en que había tenido a Sandel tambaleándose y vacilando en el filo de la derrota. ¡Ah, ese pedazo de filete lo habría hecho! Le había faltado solo eso para el golpe decisivo, y había perdido. Todo fue por culpa del pedazo de filete.

Sus segundos lo estaban medio sosteniendo mientras lo ayudaban a través de las cuerdas. Se liberó de ellos, pasó por debajo de las cuerdas sin ayuda y saltó pesadamente al suelo, siguiendo sus pasos mientras le abrían paso por el pasillo central abarrotado. Al salir del vestuario hacia la calle, en la entrada del salón, un joven le habló.

"¿Por qué no entraste y lo remataste cuando lo tenías?", preguntó el joven.

"¡Ah, vete al diablo!", dijo Tom King, y bajó los escalones hacia la acera.

Las puertas de la taberna en la esquina estaban abiertas de par en par, y vio las luces y las camareras sonrientes, escuchó las muchas voces discutiendo la pelea y el próspero tintineo del dinero en el bar. Alguien lo llamó para que tomara una bebida. Vaciló perceptiblemente, luego rehusó y siguió su camino.

No tenía ni un centavo en el bolsillo, y el paseo de dos millas a casa le pareció muy largo. Ciertamente se estaba haciendo viejo. Al cruzar el Domain, se sentó de repente en un banco, desalentado por el pensamiento de la esposa esperándolo despierta, ansiosa por conocer el resultado de la pelea. Eso era más duro que cualquier nocaut, y parecía casi imposible de enfrentar.

Se sentía débil y dolorido, y el dolor de sus nudillos aplastados le advirtió que, incluso si pudiera encontrar un trabajo como jornalero, pasaría una semana antes de que pudiera agarrar el mango de un pico o una pala. La palpitación de hambre en la boca del estómago era nauseabunda. Su miseria lo abrumó, y a sus ojos vino una humedad inusual. Cubrió su rostro con las manos y, mientras lloraba, recordó al viejo Stowsher Bill y cómo lo había tratado esa noche en el pasado lejano. ¡Pobre viejo Stowsher Bill! Ahora podía entender por qué Bill había llorado en el vestuario.

¡Gracias por leer este libro de
www.elejandria.com!

**Descubre nuestra colección de obras de
dominio público en castellano en nuestra web**

1. [Un buen bistec - Jack London](#)